

LUCIO GIL FAGOAGA  
CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

# LAS INTERPRETACIONES DE LOS SUEÑOS



MADRID  
1927



LUCIO GIL FAGOAGA  
CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

---

# LAS INTERPRETACIONES DE LOS SUEÑOS

*Lema:* El alma, aburrida del mundo, lo suspende mediante el sueño; libre de él, procura su expansión.

MADRID  
1 9 2 7



## PRÓLOGO

Prendemos hacer con este ensayo una breve revisión de los conocimientos actuales acerca del sueño y el ensueño, seguida de una nueva hipótesis, para explicar tales fenómenos, que constituye nuestra opinión personal. Materia bien frondosa, donde se mezcla lo racional con lo poético, conviene proceder en ella con un orden estricto.

Debemos advertir, ante todo, el equívoco que se encierra en el empleo usual de la palabra *sueño*. Unas veces queremos designar con esta voz el peculiar estado puramente fisiológico en que caen nuestros miembros y nuestras funciones corporales cuando dormimos, estado bien distinto, como veremos, del en que nos hallamos cuando despiertos. Otras veces empleamos la palabra sueño sin referirnos a nada fisiológico, sino más bien a una serie de imágenes y de acontecimientos fantásticos que hemos percibido mientras dormíamos y que en el momento del despertar se desvanecieron como sombras huecas, huyeron en tropel de nuestra vista, arrebatadas como por arte de encantamiento. No es lo mismo, pues, dormir

que soñar, aunque vulgarmente puedan expresarse ambos estados con la palabra sueño. Y por eso en gran número de idiomas hay términos específicos para expresar sin confusión posible estos dos diferentes estados. En alemán, tiene otro sentido *Schlaf* que *Traum*; en inglés, *sleep* que *dream*; en francés, indican cosas distintas *sommeil* y *rêve*; en italiano, *sonno* y *sogno*; en latín, *sopor* y *somnium*; en griego, *hypnos* y *óneiros*, etc. Nosotros emplearemos la palabra *sueño* para indicar la acción general de dormir, y la palabra *ensueño* para expresar la acción general de soñar.

## EL SUEÑO FISIOLÓGICO

Hay varias clases de sueño, principalmente cuatro: A) El sueño fisiológico ordinario. B) El sueño hipnótico, caracterizado por P. Janet y la escuela de París como «un estado de torpeza o de estupor cerebral, donde la mayor parte de las funciones superiores están suspendidas o tocadas de inhibición, mientras que se produce una dinamogenia excepcional en los centros inferiores del eje céfalo-raquídeo»; como «un estado que desenvuelve una sugestibilidad especial, absolutamente automática e irresistible». El sueño hipnótico puede ser producido por una persona distinta del sujeto (operador o hipnotizador) o por el sujeto mismo (autosugestión) (1). Se sostiene la tesis de que el sueño hipnótico es intermedio entre el sueño fisiológico y la vigilia, según lo cual, al entrar en nuestro sueño cotidiano, pasaríamos cada noche,

---

(1) Está por hacer el libro clásico acerca de la fascinación de los animales, especialmente de la serpiente. Véanse no obstante: J. Fergusson, *Tree and Serpent*, Londres, 1868; C. S. Wake, *Serpent Worship*, 1888; Th. Pavie, *Quelques observations sur le Mythe du Serpent chez les Indous*, "Journal asiatique", t. V.

quiera durante unos momentos, por el sueño hipnótico. C) El sueño debido a sustancias narcóticas, como el opio, la belladona y otras drogas, consistente en una especie de sopor o entorpecimiento de la actividad del organismo, sueño que no se compone del narcótico mismo, como alguien ha creído, sino que éste produce alteraciones fisiológicas, las cuales a su vez son causá de dicho sueño. D) La tripanosomiasis o enfermedad del sueño, perturbación producida por los tripanosomas, microbios vegetales que abundan en la colonia de Fernando Poo y que han sido bien estudiados por el profesor Pittaluga.—Con cierta amplitud de criterio, podrían añadirse nuevas clases de sueños: la encefalitis letárgica, la catalepsia, etcétera; pero no perdamos de vista que lo que aquí especialmente nos interesa es el llamado fisiológico ordinario, que ya hemos enunciado al principio.

¿Qué es el sueño? ¿Qué significa este fenómeno sorprendente? Diversos han sido los intentos de explicación, sin que podamos con seguridad decir que el problema esté con ello resuelto. Esas pretendidas explicaciones se reducen a tres grupos: *tóxicas*, *histológicas* y *biológicas*.

Las teorías tóxicas del sueño le asimilan más o menos estrechamente con un género particular de envenenamiento. Ya Aristóteles, en uno de sus *Parva naturalia*, en el opúsculo que lleva por título *Del sueño y de la vigilia*, nota con la Fisiología de su tiempo la acción que tiene sobre el sueño (la evaporación que produce el alimento. Es preciso—dice—que todo lo que se evapora suba hasta cierto punto,

después baje en sentido contrario y experimente un cambio, como las olas del Euripo; porque el calor que hay en cada animal se dirige naturalmente a la parte superior, y una vez que ha llegado a las partes más altas, cae entonces todo junto y se dirige hacia abajo. Por esto el sueño viene principalmente después de la comida, porque en tal momento la humedad, que es muy abundante y muy espesa, se dirige a lo alto, y deteniéndose allí, pone a uno pesado y le hace dormir. Después, cuando desciende y al retroceder expulsa el calor, entonces viene el sueño y el animal se duerme. El efecto de los narcóticos prueba la exactitud de lo que decimos. Todos los narcóticos producen pesadez de cabeza, así los que se comen como los que se beben: la adormidera, la mandrágora, el vino, la cizaña. Los que han tomado tales narcóticos, atacados de vértigo y adormecidos, no pueden levantar la cabeza, ni abrir los párpados, y se observa que después de la comida es principalmente cuando viene este sueño pesado, porque la evaporación que producen entonces los alimentos es muy grande. A veces—sigue diciendo—también el sueño es resultado de ciertas fatigas, porque a consecuencia de la fatiga el cuerpo se relaja y se derrite, y toda relajación es una especie de indigestión, a no ser que sea fría».

Así, pues, el fenómeno del sueño fisiológico al que se produce por la acción de los narcóticos y a un efecto de la fatiga. Ahora bien: en otro libro aristotélico, en los *Problemas* (s. V, § 27), donde trata de la fatiga, sostiene la opinión (anticipándose muchos siglos al profesor Mosso, de Turín) de que las

ulceraciones producidas por el trabajo se deben a que el ejercicio ocasiona la aparición de malos humores, «ácidos, amargos y salados», hoy diríamos de toxinas. Y esto significa, por consiguiente, una perfecta teoría tóxica del sueño. El organismo humano, en función continua durante la vigilia, iría produciendo poco a poco, como consecuencia de su actividad, ciertos venenos en cantidad creciente, los cuales, si al principio no dificultarían nuestro ejercicio, poco a poco lo irían entorpeciendo, hasta llegar un momento en que la importancia adquirida por las toxinas superaría a nuestra resistencia normal, y entonces, rendido el organismo, sobrevendría automáticamente el sueño, la cesación de buena parte de nuestras actividades, con lo cual evitaríamos en primer lugar que las toxinas crecieran más y produjeran el agotamiento, y encontraríamos por otra parte un estado especial, el estado de sueño, en que las toxinas producidas se eliminarían y el organismo llegaría por completo a repararse.

Han sido muchas las variantes que desde Aristóteles a acá se han propuesto a la consideración del sueño como producto de un envenenamiento. Para unos, el sueño se deberá a una asfixia periódica del cerebro (Kolschütter, Pottenkoffer, Pflüger); para otros, a una intoxicación de los centros nerviosos, debida a los residuos acumulados en el cerebro (Obersteiner, Preyer, Bing); a una anemia o hiperemia cerebral; para Du-bois, que ha investigado sobre el sueño invernal de las marmotas, «se trataría de una autonarcosis carbónica, que produciría el sueño y, al mismo tiempo,

la paresia de las regiones vecinas al tercer ventrículo», centro del despertar, según él (1). Pero a pesar de estas variantes, la tesis fundamental, el origen químico, tóxico del sueño perdura en todas ellas.

Muy otro es el caso de los que han pretendido explicar el sueño con hipótesis de significación histológica, teniendo en cuenta modificaciones posibles de los elementos celulares del sistema nervioso. En esta clase de teorías no veremos al veneno haciendo su aparición trágica; se tratará más bien de giros súbitos, de quiebros más o menos caprichosos de las neuronas, elementos femeninos al fin, que con su movilidad acarrearán el sueño.

Bien sabido es que la neurona o célula nerviosa se compone esencialmente de un protoplasma gelatinoso, en el interior del cual hay un núcleo. Ciertos protoplasmas tienen la propiedad, para los fines generales de conservación de la célula, de emitir, de su propia sustancia, alargamientos o falsos pies, *pseudópodos*, que retraen o encogen después, constituyendo con ello los que se llaman movimientos amiboideos, por ser semejantes a los que tienen lugar en el microorga-

---

(1) Estas notas pueden ampliarse en los siguientes libros, a los que hemos recurrido frecuentemente: N. Vaschide, *Le sommeil et les rêves*, Paris, Flammarion, 1920; Sante de Sanctis, *Psychologie des Traumes* ("Handbuch der vergleichenden Psychologie", publicado por G. Kafka, t III); J. Fröbes, *Lehrbuch der experimentellen Psychologie*, 2.<sup>a</sup> ed., Freiburg im Breisgau, 1922-23. También se hallarán indicaciones útiles en R. Rodríguez, *Fisiología del sueño*, 1900, y S. Ramón y Cajal, *Recuerdos de mi vida*, 1917.

nismo llamado amiba. Suponiendo a las neuronas con los pseudópodos tendidos, se tocarán unas a otras y la corriente nerviosa que acompaña a todo pensamiento podrá circular a través de ellas libremente. Pero si se supone que en un momento dado las neuronas encogen sus falsos pies, ya no se tocarán como antes las unas a las otras, el intercambio nervioso se debilitará mucho o cesará, y entonces—dicen los que sustentan esta opinión—es cuando se produce el sueño.

Finalmente, el profesor de Ginebra E. Claparède ha remozado la doctrina biológica, sostenida por Cabanis, de que no hay que dar al sueño un sentido negativo de envenenamiento ni de incomunicación celular, sino que hay que reconocerle como algo positivo, como algo biológico y normal, como un instinto cualquiera, como un mero caso particular del instinto de conservación. No es un defecto, sino un complemento de nuestra vida. No es un vacío que haya que ocultar, sino un brote del árbol de la vida que se anuncia él mismo antes de aparecer, mediante especiales pródromos o preliminares.

Con esto quedan bosquejadas las principales interpretaciones que se han dado del sueño. Se infiere de ellas una nota común: todos parecen conformes en que el sueño tiene un sentido de defensa, implica una reacción del organismo contra algo que de algún modo le cansaba; pero si los fisiólogos saben esto, no saben de ello mucho más. Piensan como Lope de Vega,

*que el grande y el pequeño  
somos iguales lo que dura el sueño.*

Las teorías tóxicas, sin duda las más fundadas, no podrán negar que a veces se produce el sueño sin previa fatiga, sin previa intoxicación que sepamos, sólo por capricho de dormir: esto podemos hacerlo a cualquier hora y no podrá explicarse por las teorías tóxicas, aun cuando expliquen gran número de otros casos. La doctrina de la retractividad amiboidea de las neuronas comienza por fundarse en un hecho poético, esa peculiar conducta de las células nerviosas, que nadie ha visto confirmada experimentalmente. La hipótesis biológica de Claparède, brillante y sugestiva, es una afirmación sin suficientes pruebas. ¿Es que el sueño no tiene más significación que la de defensa?; o en otro caso, ¿qué ulterior significación habrá de darse al sueño?

Dejemos tales hipótesis y limitémonos aquí a enumerar las características del sueño fisiológico. Podemos formularlas en los siguientes principios:

A) El sueño es fenómeno común a muchos animales, algunos de los cuales buscan incluso con mucho cuidado sitio a propósito; su duración varía desde la marmota, que duerme seis meses de una vez, hasta las gallinas, que duermen poco, y el caballo, que nadie ha visto dormir cinco minutos. En general, parece que a mayor edad se duerme menos.

B) La vasoconstricción en el sueño aumenta rápidamente al principio y va disminuyendo luego gradualmente hasta el despertar; con ella se enlaza la desviación conjugada de los ojos. El ritmo del corazón varía acentuándose la lentitud. Los reflejos disminuyen.

La respiración y en general todas las funciones sufren modificaciones.

C) El sueño nocturno es más profundo y reparador que el diurno.

D) La atención, la memoria y aun la percepción no son abolidas totalmente en el sueño. Podemos despertarnos a una hora prefijada; casi siempre lo hacemos antes (hecho que el vulgo atribuye a la intervención de las ánimas o de algún santo tutelar). El error de aproximación es mayor en el joven que en el viejo, en la mujer que en el hombre.

E) El adulto dirige los ojos al despertar hacia delante y arriba; el párvulo sólo hacia delante, fenómeno debido al desarrollo diferencial de ciertos músculos. Por lo demás, parece que no es preciso cerrar los ojos para dormir, y así se afirma que la liebre no los cierra.

F) No está demostrado que la tercera circunvolución ni ninguna otra parte del cerebro sea centro del sueño.

Queda expuesto así lo que en nuestros días se sabe de cierto acerca del sueño; pasemos al estudio del ensueño.

## EL ENSUEÑO EN LA HISTORIA

Hemos distinguido varias categorías de sueños, a fin de precisar mejor los caracteres del sueño fisiológico, y análogamente debemos distinguir entre el ensueño estricto y otros dos fenómenos que a veces se le unen en la realidad: la *hipnosis* y la *criptoestesia*. Como grupo aparte del ensueño normal, están en primer término las alucinaciones hipnóticas. Ya en lo que precede se ha tratado del sueño hipnótico, bien distinto del fisiológico ordinario. Pues bien; en ese adormecimiento provocado, se levanta un psiquismo peculiar: la alucinación hipnótica. Según la hipótesis más probable, el hecho se explica por la incomunicación accidental de los centros psíquicos inferiores con el centro psíquico superior; es decir, con la capacidad de determinarnos conscientemente por nosotros mismos. La voluntad consciente del hipnotizado queda momentáneamente anulada, y en su lugar y como sustituto suyo, se introduce la voluntad consciente del hipnotizador, que asume todas las funciones de aquélla. El profesor Grasset, de Montpellier, ha representado esto gráficamente. «Sábese que los actos psíquicos—dice—se divi-

den en dos grupos: unos voluntarios y conscientes, otros automáticos e inconscientes. A estos dos grupos de actos psíquicos corresponden dos grupos de centros y de neuronas psíquicas, situadas en la corteza cerebral: los centros superiores (O de su esquema, lóbulo prefrontal) y los centros inferiores (centros poligonales de su esquema, zonas de asociación de Flechsig)» (1). La asociación normal de estos diversos centros constituiría un polígono. Pero, con la sección del vértice O, el polígono se rompe, sin que baste para compensar esta ruptura la intervención sucedánea de O', centro superior del hipnotizador. La hipnosis será un caso de desagregación poligonal y todo el psiquismo del sujeto quedará dirigido y a merced de O', de la voluntad del operador. Así se explica el carácter saliente del estado hipnótico, la sugestibilidad profunda del hipnotizado respecto del hipnotizador.

Como categoría límite de los ensueños debe colocarse la adivinación, los fenómenos criptoestésicos. Criptoestesia significa etimológicamente «sensibilidad para lo oculto»; por ejemplo: visión a través de cuerpos opacos. A ella pueden reducirse diversos fenómenos de exteriorización de la sensibilidad, transposición de los sentidos, varita adivinatoria, moniciones, premoniciones, xenoglosia o empleo de idiomas extraños, cum-

(1) Doctor J. Grasset: *L'occultisme hier et aujourd'hui*, Montpellier, 1907. Además de las obras citadas pueden consultarse respecto a la materia de esta sección: E. Boirac, *La Psychologie inconnue*, 1908; P. Joire, *Les phénomènes psychiques et supernormaux*, Vigot, 1909; Ch. Richet, *Traité de Métapsychique*, 2.<sup>a</sup> ed., 1923; Papus, *ABC illustré d'Occultisme*, Dorbon-Ainé, 1922.

berlandismo pasivo, telepatía y lucidez. Si tenemos en cuenta que hay radiaciones particulares de todas las cosas, como los rayos X o los rayos N, que atraviesan los cuerpos, por muy sólidos que sean, y que por otra parte hay cerebros de una sensibilidad superlativa o, si se quiere, anormal, cerebros hiperestésicos, no será difícil comprender que a través de una caja cerrada, verbigracia, pueda uno de esos cerebros percibir lo que hay dentro. Pero si bien multitud de fenómenos criptoestésicos se dan durante el sueño, otros se dan en la vigilia y, por esto, como por su naturaleza y explicación, hay que colocarlos enteramente al margen de la ideación onírica.

Fenómeno tan extraño y a la vez tan repetido como el ensueño, forzosamente había de preocupar a los hombres desde las primeras edades, y así vemos de qué suerte, mucho antes de que se estudiara científicamente, en el sentido empírico y positivo de la ciencia, por todas partes brotaron interpretaciones, más o menos caprichosas, de los ensueños.

En la India, donde sin duda las condiciones climatológicas, alimenticias y étnicas han constituido un tipo humano de excepcionales propiedades ultrapsíquicas, el ensueño, al lado de los grandes fenómenos de lucidez, motoricidad y desdoblamiento observados en los faquires no podía menos de ser considerado como una niñería. Por eso no mereció gran atención de parte del pueblo (que a lo sumo vió en él un desdoblamiento parcial), aunque sí de las sectas filosóficas, especialmente la Yoga, así como investigaciones particulares, verbigracia, de los sincretistas Pracastapáda y Ke-

cava-Micra, pensadores relacionados con las filosofías Vedánta y Sânkhya.

En Egipto antiguo, la interpretación de los sueños cautiva la atención de los faraones, y podemos ver en el *Génesis*, cap. 37 y siguientes, de qué suerte el casto José adquiere la omnipotencia por su interpretación de los sueños, de Faraón, de las vacas y las espigas. Asimismo el pueblo judío fué gran amigo de interpretar los sueños, muchos de los cuales se reputan venidos de Dios, y las visiones de Jacob y de los Profetas lo indican claramente.

En cuanto a Grecia, bien conocidas son sus creencias en este asunto. Aristóteles, al principio de su opúsculo «De la adivinación durante el sueño», enseña de qué modo se había extendido la creencia de que los ensueños vienen de ciertas divinidades. En la *Iliada* vemos reproducido el caso. Tiresias y Casandra tienen el don de profecía; Calcas es instituido gran sacerdote y adivino de los griegos, cuando se aprestan para el sitio de Troya, y el sueño mismo está divinizado, ya con el nombre de Hypnos o sueño fisiológico, hijo de la Noche, hermano de la Muerte, de la Esperanza y del río Leteo, ya como Morfeo, el ensueño que no engaña, mancebo que sabe imitar todos los gestos, representado con una planta de adormidera y alas de mariposa.

También los celtas y otros diversos pueblos creyeron en la significación divina de los ensueños. Pero el primer intento de explicación racional alcanzó su grado de madurez en aquel movimiento sincrético greco-oriental alejandrino, peculiar de la época helenística.

En la Cábala, y especialmente en el *Sepher Yezirah*, aparece cristalizada la interpretación ocultista del ensueño.

Los ocultistas distinguen en el hombre tres planos: el físico, el astral y el espiritual. Además del cuerpo natural y de la inteligencia, hay para ellos una fuerza invisible procedente de los astros, del Universo entero, un *periespíritu*. El doctor Encausse (Papus), nacido por cierto en España y muerto recientemente, a quien podemos considerar como el último mago, en el sentido más serio y ajustado de la palabra, recurre para explicar esto al símil del telégrafo. El espíritu estará representado por el telegrafista; el cuerpo físico, por el aparato telegráfico; el cuerpo astral, por la electricidad, elemento tan invisible como esencial para el funcionamiento telegráfico. La parálisis, enfermedad física, correspondería en este ejemplo a la ruptura del hilo que hace posible el circuito eléctrico. Pues bien; según esta concepción, el cuerpo astral, oculto en la vigilia, se revela durante el sueño, y el mundo del ensueño es su propio mundo. Diversas creencias de la India veían en el sueño, como hemos advertido, un desdoblamiento de la personalidad, un separarse el cuerpo astral (que volaba errabundo) del cuerpo físico. Para despertar la persona, el astral había de volver a su guarida. Pero una vez no vuelve, y la persona muere. Estas mismas opiniones, con diferencias accidentales, se dan en el antiguo Egipto, con ocasión de las prácticas rituales para la iniciación en los misterios de Isis: el futuro iniciado tenía que empezar por sumirse en un profundo sueño.

Y esto que no parece sino una serie de supersticiones, es algo muy fundado, sin embargo. Ya comprenderemos más adelante el agudo sentido que se encierra en tales ceremonias y creencias. Ahora tratemos de resumir las principales teorías actuales respecto del ensueño. Son tres: para unos, el ensueño es simplemente un pedazo de *conciencia ordinaria*; para otros, una *alucinación*; para algunos, un *brote inconsciente de la sexualidad reprimida*.

## EL ENSUEÑO EN PSICOLOGÍA

El marqués de Hervey de Saint-Denis y otros investigadores sostienen la primera de estas posiciones. Para ellos, en general, la conciencia onírica es la misma de que usamos en estado de vigilia. Los ensueños—dice aquél—se deben a un «desarrollo natural y espontáneo de una cadena continua de reminiscencias», o bien a la «intervención súbita de una idea extraña respecto a las que forman la cadena, como consecuencia de alguna causa física accidental». La voluntad y la memoria siguen actuando durante el ensueño. Los problemas que nos preocupan en la vigilia nos siguen ocupando en el ensueño. El ensueño es una cierta anomalía de la conciencia; no ya la vida plena del espíritu, sino un descanso de la fatiga del trabajo (Fröbes). Las irregularidades que en él se observan y que de hecho le distinguen de la vigilia, provienen, ante todo, de la dificultad fisiológica producida por el sueño (De Sanctis). Inútil la pretensión de descubrir en el ensueño un sentido oculto. Las pobres representaciones oníricas son tan esporádicas, débiles y absurdas, que no tienen más sentido que el de balbuceos infantiles correspondientes a un cerebro impe-

dido. Es la misma conciencia normal en ellos, sino que limitada y anfiñada por el entorpecimiento sensitivo y motor del cerebro.

De otra manera opinan Alfredo Maury y Mourly Vold. Para éstos el ensueño no es algo propiamente normal, sino más bien un fenómeno patológico, una alucinación. Se han definido las alucinaciones como percepciones sin objeto, y eso son los ensueños. Según Maury, el ensueño se deriva de las conocidas alucinaciones hipnagógicas, que señalan el tránsito de la vigilia al ensueño. La asociación de ideas y la hipermnesia de éste le relacionan estrechamente con la locura. Mediante las excitaciones sensitivas recogidas confusamente por el durmiente, se alza en él toda una serie de alucinaciones correlativas. Un bastón colgado frente al lecho, hace surgir la imagen de una serpiente; una flexión de la planta del pie, hace soñar que se va volando; un entrecruzamiento de los brazos o de las manos, ocasiona un sueño donde interviene la alucinación de una cruz.

Frente a estas dos teorías, que consideran al ensueño como un fenómeno de conciencia estricta, ora normal, ora patológica, está la doctrina que hace del ensueño una manifestación de lo inconsciente; tal es la teoría psicoanalítica de Freud. Según ella, en la psiquis humana hay tres esferas más o menos independientes: lo *inconsciente*, lo *preconsciente* y lo *consciente*. En un principio todo es consciente. La conciencia, según Freud, se dirige unas veces hacia fuera, y produce la percepción; otras veces hacia dentro, y produce la reflexión, el pensar; pero llega un momento

en que todos aquellos fenómenos, que son actos de conciencia, van pasando y dejando huellas mnemónicas. Estas se agrupan unas con otras y constituyen *complejos*.

Hay dos complejos de naturaleza mnemónica: uno de ellos, el *complexus-afecto*; otro, el *complexus-yo*. Aquél es el complejo primario, conjunto de representaciones latentes, de recuerdos confundidos unos con otros que surgen en virtud de una tendencia, la tendencia más profunda, según Freud, que se encuentra en el hombre, la *libido* o libidine, que da origen con el *complexus-afecto* a la esfera llamada inconsciente, y brota, según Freud, en los primeros días de la vida del individuo. Pero éste no tiene sólo conciencia e inconsciencia; no tiene sólo conocimiento en acto y tendencia libidinosa, sino que tiene, además, un *instinto de conservación*. Este instinto no es lo potente que la tendencia libidinosa; pero se desarrolla desde el momento que el individuo comienza a relacionarse con el mundo externo. Las relaciones de la sociedad con el individuo excitan su instinto de conservación, el cual toma diferentes fases, diferentes posiciones, en vista de esa circunstancia social. Lo que resulta del influjo del medio—especialmente, claro es, del medio humano, de la sociedad, juntamente con esa tendencia intrínseca, no tan profunda, sino secundaria y en cierto modo superficial, según Freud, del individuo—es lo que llama el yo esfera preconscious.

La lucha entre la tendencia inconsciente libidinosa y la tendencia preconscious del yo social se manifiesta con claridad en el campo de los ensueños. En

una ocasión comprendemos que nuestro yo tiene necesidad de dormir; pero nosotros no somos en ese momento sino lo preconsciente, o sea algo advenedizo en el fondo, porque el *alter ego*, el otro yo, aquel otro yo profundo constituido por la libidine, no quiere dormir, sino satisfacer tendencias, objetivos que, acaso, jamás ha satisfecho; y de la pugna entre la intención de dormir, de una parte, y la intención de realizar ciertas cosas, por otra, surge una solución intermedia, que es el ensueño. No es éste meramente, para Freud, la realización de un deseo, sino la realización *disfrazada* de un deseo *reprimido*. La represión del deseo sexual es el origen de las neurosis. La purificación o *catharsis*, la cura del enfermo, se consigue psicoanalíticamente realizando a la luz de la conciencia ese deseo reprimido (1).

Para resumir: conciencia estricta, por un lado; inconsciencia, por otro; he aquí las dos posiciones fundamentales que se han adoptado al tratar de clasificar la zona de los ensueños. Ya se considere el ensueño como fenómeno normal o como proceso patológico, en modo alguno nos satisfará que se le mire en comunicación directa con la ideación del estado de vigilia. Cierto que todos los elementos de que se componen las imágenes oníricas proceden de la conciencia vigilante (todo conocimiento procede de la experiencia); pero este hecho no basta para que hagamos del ensueño una parte de la vigilia misma. Precisa-

---

(1) Véase L. Gil Fagoaga, *El Psicoanálisis y su significación*. Madrid, 1925.

mente cuando el soñador conoce que está soñando, deja *ipso facto* de soñar. No podemos darnos cuenta de que soñamos en tanto que estamos soñando, porque una de dos: o despertaremos inmediatamente, o incurriremos en un peculiar e interesante estado, que ocurre a veces, en el cual hay forzosamente dos zonas: la que constituye el espectáculo, en la cual nosotros mismos somos actores, y aquella en que nos consideramos como el espectador. Seremos así, a la vez, *irreduciblemente* actores y espectadores; lo cual indica que nuestra psiquis se ha desdoblado, que dos series simultáneas corren paralelas, paralelas solamente: el ensueño y la conciencia de la vigilia, en la cual, por tanto, no se puede incluir aquél.—Mas hacer con Freud del ensueño una manifestación de lo inconsciente es ir demasiado lejos, trasponer los límites de la Psicología.

Habiendo detallado las características del sueño, debemos fijar también las del ensueño, a saber:

A) No hay sueño sin ensueño. Se ha creído que en el sueño profundo no existía el ensueño; pero esto es inexacto. Nosotros sólo recordamos, y no muy bien, los ensueños que hemos tenido momentos antes de despertar; pero a cualquier hora que nos despierten, podremos comprobar, mediante métodos apropiados, que acabábamos de soñar algo, lo que indica que dormir y soñar son cosas inseparables. Los ensueños, sin embargo, varían en intensidad, ilación y nitidez desde la penumbra hasta la exaltación, y cada individuo tiene sus dimensiones oníricas.

B) La percepción no es indiferente al ensueño, sino que, aun debilitada por el estado de sueño, influye poderosamente en aquél. Una serenata puede hacernos soñar con una fiesta solemne; una luz, con un incendio, etc.

C) Espacio y tiempo son, en el ensueño, de una irregularidad extraordinaria. Suavemente nos deslizamos en él de un continente a otro, nos trasladamos de la antigüedad griega al siglo XVIII y aun a siglos venideros. En pocos minutos de sueño, sobre todo bajo el influjo de la angustia, solemos soñar una historia, para referir la cual hace falta una hora. Pero en cambio hay ensueños que son trasunto de la realidad, y de aquí lo verosímil de *El durmiente despierto*, en las *Mil y una noches*, y de *La vida es sueño*, de Calderón.

D) El razonamiento es, en el ensueño, tan irregular como el espacio y el tiempo. A vueltas de mil absurdos, resolvemos durmiendo problemas que no hemos podido resolver durante la vigilia. Podrían citarse multitud de casos famosos en la Historia. La invención suele ser prodigiosa en el ensueño. Recuerdese entre nosotros al maestro Arrieta, creando entre sueños en una noche los temas fundamentales de *San Franco de Sena*.

E) La emotividad se acentúa extraordinariamente en el ensueño, hasta el punto de constituirse en él como nota esencial, según observa Vaschide. No hay ensueño sin emoción.

F) Aun cuando las observaciones sean precarias, parece que el ensueño es inherente a diversas especies animales.

G) No está demostrado que los tálamos ópticos sean el centro fisiológico del ensueño, ni siquiera la corteza cerebral, aun cuando ésta juegue un papel fundamental en el ensueño.

Diseñado de tal modo lo principal que puede decirse acerca del sueño y el ensueño, juntamente con sus más propincuas interpretaciones, consideremos algunos aspectos particulares para tratar de llegar a una concepción unitaria, echando así nuestro «cuarto a espadas».

## EXPLICACIÓN DEL SUEÑO

No se puede negar hoy la distinta naturaleza con que dentro de la Psicología se ofrecen lo *consciente* y lo *subconsciente*. Se emplean dos palabras para caracterizar estas dos clases de hechos, y se dice que los primeros son voluntarios; los segundos, automáticos. El automatismo se considera, pues, como característica de los procesos subconscientes, indicando con ello que hay procesos psicológicos que no son los procesos mentales de la vida ordinaria.

Pero es sencillamente imposible hacer que figuren como objetos psicológicos tal o cual guisa de procesos inconscientes; es decir, de aquellos procesos «que se ven por fuera», «indirectamente», no por el sujeto mismo en el cual preténdese que se dan, sino por otro sujeto que mira al primero, con mayor o menor bagaje de aparatos, y descubre en él cosas que el primero podría olvidar por una eternidad.—El físico y el fisiólogo nos dicen que en la percepción visual intervienen, por una parte, una serie de procesos constituidos por vibraciones rapidísimas latitudinales del éter, las cuales hieren el ojo y ocasionan en él la visión; de

otra parte, una imagen minúscula que se forma en la retina por la descomposición de las sustancias fotoestésicas que en ella residen, lo que puede observarse experimentalmente fijando la retina impresionada de un ojo de buey, rápidamente extirpado e introducido en una solución de alumbre. No obstante lo cual, el sujeto de conocimiento, yo, en cuanto veo, no se da cuenta en modo alguno de las vibraciones etéreas, ni de la supuesta imagen de su retina, sino solamente, cuando ve, del objeto real que percibe, el cual ni es lo uno ni lo otro. Vibraciones e imagen retiniana no son, pues, «fenómenos de mi conciencia», no pertenecen a la Psicología.

Supongamos ahora dos seres extraños. El uno es un maniquí, provisto de un tan perfecto engranaje de resortes, que puede andar por sí solo en la posición bípeda y efectuar algunas otras mutaciones: Olimpia Spalanzani, del interesante cuento de Hoffmann, *Coppelius*. El otro es una somnámbula, una mujer de carne y hueso sumida en un sueño hipnótico. Una y otra carecen de voluntad espontánea, necesitan de un operador. La diferencia, sin embargo, es clara, el maniquí, por acabado que sea, no podrá evitar por sí solo un obstáculo que inopinadamente se le oponga en su marcha; tropezará con el cuerpo que le cierre el camino y se detendrá o caerá. La somnámbula, por el contrario, soslayará el obstáculo y, mediante un hábil sesgo, continuará su camino. La primera acción es mecánica; la segunda, final; la primera, es causada; la segunda, motivada; la primera, es inconsciente; la segunda, psicológica. Y para

distinguir esta clase de fenómenos psicológicos, puramente automáticos, de aquellos otros conscientes y voluntarios, se emplea la palabra «subconsciente».

Lo subconsciente es distinto y, además, incompatible con lo consciente estricto. En el círculo general de la conciencia, lo subconsciente significa un sector que ha hecho defección al todo, una provincia que ha conseguido su autonomía y se mueve libremente con relativa independencia del poder central. Sus usos, sus atavios, sus ideales son diversos. Como producto provinciano, no deja de parecer en ocasiones un poco infantil, un poco cursi si se quiere; su honradez y su energía, en cambio, como de coto familiar concentrado, son con frecuencia mayores que las generales del país.

Mientras con esa autonomía se llega sólo a hacer que reine el equívoco, todo va bien. El poder central, padre tolerante—tolerante a despecho suyo muchas veces—, hace como si fuera él quien autorizara las travesuras del hijo díscolo, de la vehemente provincia querida, sin la cual autorización—quiere pensar—aquéllas no podrían darse. («Es necesario—dice Goethe—hacer de vez en cuando alguna locura para poder estar tranquilo.» ¿Y no han dado a veces mucha gloria al país las genialidades de una provincia indómita?) La provincia, por su parte, se siente llena de ímpetu; pero no puede resistir a la idea del ejército del poder central.

Nominalmente al menos, el poder central, único, triunfa y domina sin competencia. Pero supóngase que las circunstancias hacen que la preponderancia

de la provincia crezca y su fortaleza se iguale con la del poder central. Dados los impulsos que aquélla tiene, la paz será imposible, la salud política desaparecerá y surgirá una guerra profunda que sólo podrá terminar—y eso aparentemente, como en toda guerra—cuando uno de los beligerantes sea reducido por el otro. Si ahora se prescinde de la metáfora, mero instrumento aquí de comprensión, se verá cómo ese estado de guerra y enfermedad mental, entre lo consciente y lo subconsciente, es lo que se llama neurosis, directamente emparentada con la demencia y la locura. La marcha de lo subconsciente hacia la total independencia anuncia la aparición de lo anormal, de la enfermedad psíquica. Frente al yo consciente, se alza entonces uno o varios yos subliminares de igual fuerza y atributos; la personalidad está dividida; el individuo no sabe ya quién es; es un histérico, o un demente.

No suele llegar a tanto en los ensueños. Si se recuerdan los diversos géneros de interpretaciones que hemos anotado, se verá que, o hay que considerar, según ellas, el ensueño como algo consciente en sentido estricto, que no tenga solución de continuidad con la ideación de la vigilia, o como un fenómeno de significación patológica consciente o inconsciente. ¿Cómo resistir a la tentación de colocarse en un término medio equidistante de los extremos y más justo que ellos?

Ahora bien; que el ensueño es un fenómeno subconsciente nos parece una cosa clara. Decíamos que una característica de esta clase de procesos está en

su incompatibilidad con lo consciente estricto; y eso podemos verificarlo con cualquier ensueño. Ya hemos visto que lo único que nos está vedado pensar en cuanto soñadores, es que estamos soñando. Toda aparente contradicción será un dato precioso en favor de esta tesis. Un hombre sueña que encontró un tesoro; él mismo ha tocado y contado las monedas, las barras de metal, las joyas; pesa tanto, que apenas puede transportarlo a su casa; no es prudente, sin embargo, llamar a quien le ayude, porque podrían arrebatárselo; intenta varias veces, sin éxito, cargar aquel gran saco a sus espaldas; apurado y trémulo, se decide a transportarlo a rastras, pero teme que el saco se rompa; ya lo arrastra un poco y descansa un momento; el camino que avanza el saco no corresponde a la magnitud de su esfuerzo; pero forcejea de nuevo y el saco avanza perezosamente... Desde hace unos momentos ha surgido una voz prosaica que le dice: «No lograrás eso. ¿Crees tú que un tesoro se gana tan fácilmente? Desengáñate ya; estás soñando; eres Fulano de Tal, que sueñas.» La voz avanza y el hombre despierta. Ve que está acostado en un pobre lecho, sofocado casi, seca la boca y ardorosa la frente. Pero ha visto tan claras las monedas, las barras y las joyas, que, desdeñando aquella voz burlona que aun le aconseja, pugna con todas sus fuerzas por dormirse de nuevo y trata, desvanecido todavía por algún tiempo, de encontrar el medio de poder por sí solo transportar el hallazgo a su propia casa...

¿Hay en esto una sola ideación, una mera con-

ciencia perfectamente homogénea? No, evidentemente. Si hay un actor, que se afana, hay también un espectador, que critica. Y si el espectador es un hombre ordinario, de los que vemos por la calle todos los días, el actor, en cambio, es un personaje misterioso, que a pesar de llevarle en nosotros, le desconocemos en su esencia y en sus posibilidades. A cualquier hora que despertemos al durmiente, estará quizá en condiciones de decirnos lo que acaba de soñar. Pero es ley de nuestra memoria que no recordemos sino aquellos ensueños que preceden inmediatamente al despertar; y como una vez al día solemos despertarnos, tendremos que admitir una portentosa cantidad de ensueños de los cuales la conciencia no se da cuenta. No es extraño que ese activo personaje, adquiriendo fuerzas inusitadas, fuera tenido por Sócrates, que le llevaba dentro, como un demonio (*zeós é daimón*), ni que en el ambiente de la Edad Media determinase aquellas epidemias de poseídos cuyos malignos espíritus la Iglesia se creyere en el caso de exorcizar; porque ¿qué ser humano, avisado y hábil como no más, ha podido por vía lícita cruzar nuestro planeta de polo a polo en dos segundos, desarrollar una maravillosa epopeya en diez minutos y desdoblarse físicamente en dos o en treinta personas tan reales y verdaderas como la propia? ¿Y no danzan a merced en el ensueño espacio y tiempo? ¿Y no tenemos constantemente sueños durante los cuales conversamos con personas que quizá nos objetan discretamente y que estamos viendo, o nos levantamos a hablar en una gran asamblea, y después multitud

de extraños asambleístas nos apoyan o nos contradicen con palabras y argumentos?

No se puede confundir a Sócrates con su genio familiar; al poseído, con su espíritu maligno. La maravilla soñada hay que creerla real para que sea soñada. El soñador, en tanto que soñador, *no se da cuenta* de que sueña, *no tiene conciencia* de que está soñando, y ésta es nota esencial suya: la distracción de la conciencia.—Por lo demás, quien sostenga, más o menos claramente, que el ensueño tiene una significación patológica, mal se librará de declarar enferma de nacimiento a toda la Humanidad, así como a buen número de especies animales. Declaremos, en consecuencia, resumiendo lo antedicho, que *el ensueño es un fenómeno subconsciente y normal*.

Para intentar ahora una explicación del sueño y el ensueño, permítasenos colocarnos en un especial punto de vista. Los investigadores que han tratado del sueño se fijan casi exclusivamente—lo hemos visto al repasar sus hipótesis—en su significación fisiológica. Y no es esto lo que a nosotros más nos interesa. Respetamos el postulado de que todo fenómeno psíquico supone otro fenómeno de índole fisiológica. Pero sabemos también que un estudio científico, puramente psicológico, no necesita de la Fisiología, ni a la inversa, porque es difícil entender la relación psicofisiológica como una relación causal. El sueño, por otra parte, no es el lado fisiológico del ensueño, y así como cabe una fisiología de éste, cabrá también una psicología de aquél. Para comprender por qué sube el platillo de una balanza sirve poco con-

siderar que es de cobre; es más útil fijarse en que el otro platillo descende. ¿Qué sentido psicológico, pues, tiene el sueño?

Nosotros pensamos que, psicológicamente, el sueño se produce en virtud del *aburrimiento*. Tardieu, que ha estudiado detenidamente el aburrimiento, le define «por un desequilibrio interior. El aburrimiento—dice—es una mezcla de fuerza y de debilidad, de deseo y de impotencia, de excitación y de agotamiento... Para vencerle, bueno es obedecer a un deber, sacrificarse a un ideal. En todo tiempo hubo una *buena causa* que servir. Al interesarse por las ideas... se eleva uno por encima de las tristezas de la diaria labor». Expliquemos este concepto.

A la fatiga, que es siempre fisiológica, corresponde en el terreno psíquico el aburrimiento; pero, a lo menos en el actual estado de la ciencia, el radio de extensión de éste es mucho mayor que el de aquella. Veámos al examinar las teorías tóxicas del sueño fisiológico que, no obstante ser las más fundadas y verosímiles, tenían un defecto importante: el de no poder explicar sino el sueño de fatiga, dejando inexplicados mil casos en que positivamente la fatiga no interviene. Esto no ocurre si miramos el lado psicológico de la cuestión y pensamos en la amplitud del término aburrimiento. ¿Hay aburrimiento sin fatiga? Sin duda alguna. La fatiga se produce sólo por un exceso de actividad; el aburrimiento, por un defecto también muchas veces. La vida del trapense, del profesor y del astrónomo no son propiamente fatigosas; para quien no tenga las respectivas voca-

ciones, parecerán, sin embargo, fundamentalmente aburridas. El aburrimiento procede más, en general, de una disconformidad con el ambiente que de un cansancio fisiológico o fatiga. Claro es que, en los casos de fatiga, el estado de molestia o incomodidad que se ocasiona se traduce en una disconformidad de parte nuestra—que tendemos, naturalmente, al bienestar—, y ahí surge un aburrimiento; pero todo esto de la fatiga no es sino un caso particular, innecesario, en consecuencia, para que exista algún género de aburrimiento. El aburrimiento, creemos nosotros—y esto es cosa a comprobar—, basta para explicar psicológicamente en todos los casos la aparición del sueño.

No siempre que nos aburrimos nos dormimos. Podemos también resistir el aburrimiento, lo que generalmente indica voluntades débiles; podemos distraernos; podemos, en fin, suicidarnos. Pero, prescindiendo de estas tres cosas, cuyo examen detenido nos daría nuevas razones en favor, hay que decir que si no hacemos alguna de ellas ante un aburrimiento, tendremos forzadamente que adoptar una cuarta solución: dormirnos, en lo cual se podría rastrear vestigios de las otras tres. *El sueño procede en todo caso de un aburrimiento.*

Pero ¿qué es el sueño psicológicamente? Podríamos contestar: *nada*. Lo que haya en él de positivo no pertenece a él, sino que son molestias de la realidad:

*La tumba es al lecho igual;  
pero bien sabido ten  
que en uno se duerme mal  
y en otra se duerme bien.*

No es una representación, sino la carencia de toda representación consciente. El sueño es una laguna, una cesación, un no ser. El sueño es un arma de defensa contra la realidad. Y aquí es donde podemos empezar a comprender todo el sentido de la cuestión.

Aparece ya ante nuestro razonamiento la sombra vaga de un dinamismo, el encadenamiento de una serie de cosas dirigidas, el esquema de una intención.

## EXPLICACIÓN DEL ENSUEÑO

Al lado del conocimiento, de lo que ordinariamente se llama inteligencia, hay que advertir un conjunto de funciones que, reunidas, forman lo que se designa con la palabra carácter. El carácter, clásicamente estudiado por Schopenhauer, es normalmente invariable en la vida del individuo, no es susceptible de educación, apocamiento ni exaltación; la inteligencia sí, se educa, nace débil y se desarrolla, para volver a debilitarse en la vejez. El carácter es más firme, más serio, más fundamental que la inteligencia y, por tanto, puede dominarla en todo momento. Basta un impulso del carácter para derribar los más complicados y pretenciosos castillos intelectuales. La inteligencia es una esclava del carácter.

Por eso mil fenómenos mentales no se pueden explicar por la pálida inteligencia, sino que requieren para ello del carácter. Esto ocurre eminentemente en el fenómeno del aburrimiento.

Decíamos poco ha que en el aburrimiento hay una disconformidad con el ambiente. ¿Pero disconformidad de quién? Sin duda, de nosotros mismos. Pero nosotros mismos no somos la inteligencia, la cual, mera-

mente, se da en nosotros; somos el carácter. Decir lo cual vale tanto como decir que lo fundamental de nosotros no son las representaciones, sino el impulso que dirige y despierta o apaga esas representaciones.

«El aburrimiento—escribe Leopardi—es en cierto modo el más sublime de los sentimientos humanos; no estar satisfecho de ninguna cosa terrestre ni, por decirlo así, de la tierra entera; considerar la amplitud inconmensurable del espacio, el número maravilloso de los mundos y sus masas, y hallar que es poca cosa para la capacidad de nuestra alma; imaginar los mundos infinitos, el universo infinito, y sentir que nuestra alma y nuestros deseos serían aún más grandes que tal universo; acusar sin cesar a las cosas de insuficiencia y de vacuidad: he aquí, creo yo, el principal signo de grandeza y de nobleza que presenta la naturaleza humana.»

La disconformidad del aburrimiento no significa sino la insuficiencia del mundo ambiente para calmar nuestros impulsos. El aburrimiento, que parece sonar a paz y a quietud, es la mayor discordia, el mayor drama íntimo que puede darse. En un círculo estrecho de representaciones, cuando el impulso es recio, pugna por superarlas; ansias íntimas irrevocables se afanan en valorarlas, en darles un superior sentido, por una parte; en despreciarlas, en mofarse ante la amarga contemplación de su irremediable impotencia, por otra; los esfuerzos del carácter por mejorar aquella cárcel van resultando estériles, el monótono juego de las representaciones conscientes va trocando la paciencia en desesperación; ante el obstáculo que le cie-

rra el paso, el impulso se sobreexcita: a veces, logra franquear una ventana del castillo, se distrae; en ocasiones, se rompe la cabeza contra los muros del recinto, se suprime; otras veces, henchido de dolor, cierra las ventanas y apaga la lámpara para no ver nada de lo que le rodea, duerme. Y entonces sueña.

Es algo muy importante el alma (no otra cosa debe sobreentenderse en el carácter) para aniquilarse con la oscuridad. Por el contrario, es ella misma quien, en función defensiva, la provoca. Cansada del mundo, es decir, de su mundo, lo suspende, y se vale para ello del sueño, hijo de la Muerte y hermano del Leteo. Cesa con ello la pugna y el aburrimiento y, ya resguardada el alma, defendida por el sueño, segura de no ser seriamente inquietada, ella, que es por naturaleza activa, se expande íntimamente; es decir, sueña.

Tiene, a veces, pesadillas, que provienen de una posición incómoda, de una preocupación intensa o de un accidente corporal: es la realidad que, no pudiendo asaltarnos en nuestra torre de marfil, lanza piedras a lo menos a nuestros cristales. Entretanto el alma, sin embargo, reina en lo subconsciente y procura crearse un nuevo mundo a la medida de sus impulsos y más conforme con ella, por consiguiente, que el aspecto que le ofrecía el mundo real.

Y ésta es, en resumen, nuestra interpretación de los sueños. No consideramos, ante todo, al sueño en su aspecto fisiológico, como hemos visto que se hace de ordinario, ni vemos tampoco el ensueño como una parte integrante de lo estrictamente consciente, ni como una serie de alucinaciones de raigambre patológica, ni

como la realización disfrazada de un inconsciente deseo sexual reprimido. De Sanctis invoca a este propósito un proverbio italiano: «Bella cosa é lo scopà (usare il coito), ma piu bella è il comandà (comandare).» Sin que estemos enteramente conformes con De Sanctis, hemos de notar que somos ajenos a la tesis freudiana, por muchos respectos que no se pueden detallar aquí y porque ni comprendemos en el ensueño inconsciencia, sino subconsciencia; ni finalidad (todo deseo freudiano implica un ideal; es decir, un resultado previsto, una causa final, y nosotros sólo vemos en el ensueño una tendencia imprevista), ni sexualidad, ni represión previa, ni purificación futura.

Muy por el contrario del sentido defectivo que a los sueños en general ha querido darse, nosotros vemos en ellos algo verdaderamente grande, verdaderamente deseable; un impulso vitalmente noble y espontáneo, una válvula de seguridad de nuestro más íntimo ser. *Si la causa del sueño es el aburrimiento, la causa del ensueño es la magnanimidad. El sueño repara el cuerpo; el ensueño dignifica el alma.*

## EPÍLOGO

Es mala señal que un muchacho no rompa pronto el traje que lleva. Se tratará entonces, sin duda, de un muchacho indolente o quizá enfermo. Lo bueno es lo contrario, que por el vigor y la salud desbordante, el traje se rompa de vez en cuando y asome por el roto la carne.

Tal acontece también en el ensueño. Persona que no sueña, pueblo que no sueña, son al cabo persona y pueblo de alma indolente, de alma enferma. ¿Qué cabe esperarse de tales gentes? ¿No fueron, ante todo, soñadores Colón, Cortés y Pizarro? Pues sin ellos, y sin todos cuantos héroes aventureros de almas gemelas les secundaron, ¿cómo habría de tener España la gran epopeya del descubrimiento y colonización del continente americano? Así se conquistó el Nuevo Mundo, como correspondencia al ignorado mundo subconsciente que cada uno de aquellos hombres llevaba en su interior.

Y es que, en ocasiones, lo secundario y lo principal truecan sus libreas. El Carnaval se cree una broma, la gente cree que en Carnaval va disfrazada, y no se

tiene en cuenta que el antifaz es la propia faz que durante algunas horas arranca, al que lo lleva, la grotesca y decrepita careta cotidiana. ¿Quién llega a conocernos en la vida? Acaso ni nosotros mismos, como seres conscientes: ¿cuán tupida y persistente no será la *persona*, es decir, la careta! Y si llegamos un día a penetrarnos, es cuando, sobresaltados, hemos escuchado el tropel de las Bacantes y ha emergido de nosotros el espíritu dionisiaco...

He aquí por qué los pueblos antiguos se preocuparon tanto del sentido del ensueño. Sentían, más o menos confusamente, que por esa vía de honda emotividad se escapaba algo fundamental en la vida del durmiente. su carácter mismo, acaso encadenado en la vigilia. El cuerpo astral de los ocultistas, desligado en el ensueño, es el carácter, la intención vital, los más ciegos y auténticos designios, el alma misma, distinta del cuerpo físico y del espíritu consciente. Para conocer las dimensiones de un corazón, es preciso entender sus ensueños.

Pero debemos terminar. Cuenta la fábula que la lechera llevaba el cántaro a la cabeza, y divagaba sobre el empleo del producto de aquella leche. Compraría con su precio una gallina, de la cual un cesto de huevos, de los cuales una banda de pollitos; vendiéndolos adquiriría una espléndida puerca que criaría algunos cochinitos, todo lo cual podría fácilmente cambiarlo en un dócil pollino, que la transportase al pueblo como una reina, permitiéndole así desempeñar más cómodamente su oficio.

Se estremeció la pobre lechera de alegría y el can-

taro se hizo pedazos en el suelo, derramándose toda la leche.

El moralista viene entonces y censura duramente a la lechera. Nosotros censuramos al moralista. El accidente del cántaro no creemos que tuviese consecuencias superiores a cuatro o seis pesetas, importe aproximado de una cena...

Y Cervantes y Camoens y algún otro puede que se quedasen alguna noche sin cenar.

OBRAS  
DE  
LUCIO GIL FAGOAGA

- Exposición y crítica de la Crítica de la Razón pura de Manuel Kant. Madrid, 1917. *1,75 pesetas.*
- Breve diálogo de Belleza (Apunte para una Estética). Madrid, 1917. *Agotada.*
- La Relación de Derecho: Su naturaleza y clasificación. Madrid, 1918. *2,50 pts.*
- Gramática, Retórica y Dialéctica (Nota crítica). Madrid, 1918. *Agotada.*
- Perspectivas estéticas: Discurriendo en Cueva-Hermosa. Madrid, 1918. *3 pts.*
- Lineamento general de un programa de Estética. Madrid, 1919. *Agotada.*
- Esquema de un programa de Psicología Superior. Madrid, 1923. *2 pts.*
- El Psicoanálisis y su significación. Madrid, 1925. *1 pta.*
- Pruebas para la medida de la inteligencia, según Lewis M. Terman, o Revisión de Stánford de la escala de Binet y Simón. Adaptación española. Madrid, 1926. *3 pts.*
- Resultados de la medida de la inteligencia, según Lewis M. Terman. Adaptación española. Madrid, 1926. *0,75 pts.*
- Doctrinal del escéptico: Hipotiposis pirrónicas de Sexto Empírico. Traducción directa del griego, con tres apéndices. Madrid, 1926. *10 pts.*

El último sendero de Adolfo Bonilla. Madrid, 1926. *1 pta.*

Las interpretaciones de los sueños. Madrid, 1927. *2 pts.*

Sobre metodología de la crítica estética. — Madrid, 1927.  
*3 pts.*

### *EN PREPARACIÓN*

Teoría de la fama.

La orientación profesional de los estudiantes.

Manual de Axiología.

Doctrinal de Psicología Superior.

La superación de la Verdad.



Precio: 2 pesetas.